

habia sostenido por la caridad, que fué su principio. Pero despues que Gregorio XV erigió bajo su autoridad un tribunal, cuyo objeto incesante fuese el facilitar todos los medios de proteger, propagar y hacer florecer la Religion en todos los ámbitos de la tierra, principalmente en aquellos donde aun reinan por desgracia la idolatria, la heregia y el cisma, las misiones de Levante, asi como las de otros paises, recibieron un nuevo impulso. Los obreros evangélicos se multiplicaron, y hallándose mas autorizados, mas sostenidos y mejor dirigidos en sus trabajos, pudo su noble celo producir frutos mas copiosos y sólidos. Proporcionáronseles socorros de toda especie, y los príncipes cristianos que gozaban de mas influjo con los soberanos mahometanos ó idólatras que reinan en los paises de Asia, se hicieron un deber de que aquellos varones piadosos fuesen poderosamente protegidos. Los reyes de Francia, tan recomendables por su adhesión á la fé, se distinguieron entre los demas monarcas de la cristiandad por los importantes servicios que prestaron á la Religion, favoreciendo con todo su poder á los misioneros esparcidos en los paises sometidos á los sultanes de Constantinopla. Luis XIV no solo favoreció el envío de aquellos misioneros, sino que mandó entregarles dinero para que atendieran al socorro de los indigentes y á la conservacion de los templos; les confirió el título de cónsul para aumentar su prestigio, y mandó á sus embajadores que los sostuvieran, reclamando en nombre de S. M. Cristianísima en el momento que les ocurriera la menor vejacion. Asi es que además de los paises dominados por los turcos, los misioneros penetraron en los demas Estados de Asia y África, en Persia, en Armenia, en Arabia, en la Abisinia y en la Etiopia, y allí establecieron iglesias mas ó menos numerosas, segun la propension que hallaban en los naturales á recibir la divina semilla de la verdad. Entre las órdenes religiosas que componen la milicia de la Iglesia, los jesuitas, los dominicos, los franciscanos, los carmelitas descalzos y los teatinos, se distinguan por el ferviente ardor con que se entregaban á estas santas empresas, para las que además del celo se necesita un conocimiento no vulgar de las lenguas orientales, una vida ejemplar y un valor á toda

prueba. Muchos de estos religiosos fundaron en aquellos remotos climas algunos monasterios que les servian de asilo y de punto de partida para sus piadosas escursiones. Al dar principio á este nuevo género de trabajo, en el que se proponian por modelo á los Apóstoles, fundadores del cristianismo, preparábanse cuidadosamente por medio de la oracion y del estudio de los idiomas: aquellos que ya habian regado con sus sudores este campo, que solo en fuerza de trabajos se consigue hacerle fértil, iban á reparar allí sus fuerzas para entregarse luego con mayor ardor á nuevas fatigas.

Las sociedades cristianas que los misioneros formaban ó conservaban en medio de los enemigos que por todos lados las rodeaban, presentaban por su piedad, desinterés, union, caridad y adhesión á la fé, el mismo espectáculo que se admiraba en Jerusalem cuando la Iglesia naciente estaba aún limitada al recinto de sus muros. Las virtudes de los generosos varones que se dedicaban á la cultura de aquellas diversas porciones de la herencia de Jesucristo, no contribuian menos á hacer fructificar la palabra divina que sus exhortaciones y su ardor. Para comprender bien esto, es preciso representarse en la imaginacion los peligros á que incesantemente se hallaban expuestos; el hambre, la sed, los excesivos calores, las necesidades de todo género que sufrían, y los obstáculos que su constancia tenia que arrostrar de los idólatras, mahometanos y cismáticos. Estos últimos contrariaban la obra divina con un encarnizamiento y con una malignidad que parecerian increíbles si por mil ejemplos no se supiera de cuánto es capaz el ardor del falso celo. Furiosas tormentas estallaban de cuando en cuando contra aquellos obreros evangélicos y contra sus nuevos discípulos, y entonces su posición se hacia sumamente crítica: no era raro que algunos de ellos fecundaran con su sangre aquella tierra, teatro de sus trabajos. Tal es el triunfo de la Religion, la cual si en tan funestos sucesos no puede menos de lamentar la pérdida de los que tan útilmente se empleaban por ella, llénase tambien de regocijo por una muerte de cuya gloria participa con ellos. El mundo, al admirar tan generosos sacrificios, aprende que lo mismo en los tiempos presentes que en los siglos primitivos, el valor y la caridad que hacen már-

tires, no están separados del celo que hacen apóstoles; pero no es posible hallar tan preciosa union sino en el gremio de la Iglesia católica. Las sectas separadas de la comunión romana, manifiestan, es verdad, mucho ardor especialmente en sus principios para dilatarse y adquirir prosélitos; mas por lo general su marcha es tortuosa y secreta, evitan la claridad y huyen de los peligros; y asi es necesario que suceda, pues su trabajo no tanto se encamina á ilustrar á la humanidad, como á extender su dominio aumentando sus fuerzas. La Iglesia, por el contrario, no pone su anhelo en atraer á los hombres sino por el propio bien de ellos mismos, y todos los ministros que envía á conquistar almas por las diversas regiones del orbe, van animados de su espíritu; espíritu de prudencia, que camina al objeto procurando no irritar las pasiones que de él podrian desviarle; espíritu de desinterés, que nada mas desea que conducir los hombres al conocimiento de la verdad; espíritu de fortaleza y de heroísmo, que por nada se espanta ni abate y que mira como una recompensa los tormentos y la muerte. De todas las comuniones cristianas, solo la Iglesia católica es la que forma para las diversas regiones de la tierra ministros guiados por miras tan nobles y tan puras: solo ella los dispersa desde uno al otro polo, para que difundan por todas partes el conocimiento del verdadero Dios, porque la Iglesia católica sabe que todos los pueblos de la tierra deben oír su voz, y arde en deseos de dar á su divino Esposo hijos en todos los sitios donde haya criaturas capaces de conocerle y amarle. Asi es como la promesa de eterna fecundidad, hecha á la Iglesia en los términos mas magníficos, se va verificando de siglo en siglo; y esta fecundidad maravillosa, que el trascurso de los años está muy lejos de debilitar, es un privilegio de que la heregia y el cisma jamás gozarán.

En 1701, Constantinopla, donde la Santa Sede tiene un vicario apostólico para las necesidades de los latinos y donde los jesuitas tenian una mision, contaba con mas de 12,000 católicos. Salónica, Esmirna, Alepo, donde está la mision mas antigua y hay religiosos de varias órdenes, Damasco, Seyda, Antura, Tripoli y San Juan de Acre, presentaban mas ó menos ortodoxos; pero Jerusalem no tenia otra riqueza

que sus recuerdos. Los maronitas, reunidos á la Iglesia romana, permanecian adictos á ella. La Armenia tenia el arzobispado de Naschivan, que dependia directamente de la Santa Sede, y los jesuitas habian fundado en Erzeron una mision que posteriormente tuvo que dividirse en dos á causa de su estension: un obispo, veinte y dos sacerdotes y mas de ochocientas personas del rito armenio se reconciliaron con la Iglesia en 1711. En la Persia habia tres misiones principales; la de Ispahan, gobernada por un obispo que la Santa Sede enviaba, la de Sirvan y la de Erivan. Gracias á una señora francesa que para ello contribuyó con 66,000 libras (moneda francesa), se habia erigido en aquellas regiones un nuevo obispado, que fué el de Babilonia. El P. Bernardo de Santa Teresa, que murió en Paris en 1669, fué el primero que llevó este título; y uno de sus sucesores, Picquet, primeramente cónsul de Francia en Alepo, y luego en 1677 consagrado obispo de Cesarópolis y coadjutor de Babilonia, es tan conocido por su celo como por su talento. En diversas épocas ha habido armenios, nestorianos, jacobitas ó eutiquianos que se han reunido á la Iglesia romana. En Georgia y en Mingrelia habia tambien algunos católicos.

§ II.—Progreso del cristianismo en las Indias, en la China y en el Japon.

El Apóstol Santo Tomás habia llevado á las Indias Orientales la antorcha de la fé, como lo atestigua la existencia de una sociedad cristiana que se fué perpetuando en aquellos ricos paises, hasta el tiempo que los portugueses fueron á establecerse en ellos. Los que componian entonces aquella iglesia, esparcida por la costa de Malabar y comarcas limítrofes, se llamaban cristianos de Santo Tomás, de cuyo dictado eran sumamente celosos, por considerarlo como una prueba irrecusable de su antigüedad. Aseguraban que el Santo Apóstol habia recibido el martirio en Meliapur, y que allí se veia todavia su sepulcro, el cual era objeto de grande devocion, visitado y respetado igualmente por los cristianos malabares y portugueses. Algunos nestorianos que por los siglos VI y IX salieron de Persia, habian penetrado en la India, y uniéndose con

los antiguos cristianos que encontraron en aquel país, les comunicaron los dogmas particulares que distinguen su secta. Desde entonces el católico de Persia (asi se titula el patriarca de los nestorianos) estaba en posesion de enviar un obispo á la India para gobernar las iglesias de aquellas comarcas, juntamente con algunos sacerdotes y diáconos sujetos á sus órdenes. Habiendo quedado interrumpida largo tiempo esta costumbre por las guerras y las revoluciones que se siguieron, los cristianos de las Indias cayeron en la ignorancia y mezclaron una infinidad de supersticiones con las prácticas que aun conservaban del antiguo culto. Lo que merece llamar la atención es que al llegar los portugueses encontraron en la creencia y en el culto de las iglesias malabares todos los dogmas y usos que eran comunes á los católicos y á los nestorianos antes de la separacion de estos últimos: aun podia fácilmente reconocerse la doctrina antigua y universal, aunque desfigurada por las opiniones absurdas que la recíproca ignorancia del clero y el pueblo habia introducido en ella; bien que además estaba consignada dicha doctrina en los libros litúrgicos de que aquellos cristianos se servian, y en el símbolo y oraciones que recitaban sin entenderlas. De todos modos, cualquiera que fuese la alteracion que el tiempo y la ignorancia hubiesen introducido en los dogmas primitivos, y á pesar de la mezcla que en ellos se habia hecho de ideas estrangeras, la fé que estos pueblos habian recibido al tiempo de su conversion aparecia aun entre ellos, siendo en el fondo la misma que en la época primitiva, y bastaba consultar los monumentos que ellos miraban con mayor respeto, para conocer que estaban tácitamente condenando sus actuales errores. Por manera que no podian presentar los títulos de la remota antigüedad de que se gloriaban, sin dar al mismo tiempo la prueba de las verdades que confesaban y contradecian á un mismo tiempo. Hacemos esta observacion, á fin de responder á los escritores protestantes que han pretendido sacar algun partido de cierta conformidad de opiniones que se echaba de ver entre aquellos cristianos de la India y los pretendidos reformados de Europa en algunos puntos, que no afectaban la creencia del dogma, como por ejemplo, el casamiento de los

sacerdotes y algunas prácticas exteriores; con la conformidad que no lo era sino en apariencia, pues mirando las cosas con alguna atención se descubrian desde luego diferencias fundamentales. Por lo demás, la Iglesia de Malabar y todos los nestorianos conservaban, segun ya se ha dicho, todas las verdades de la fé que se enseñaban en la Iglesia universal cuando Nestorio empezó á dogmatizar, y que la Iglesia romana jamás ha dejado de profesar. Esos cristianos no se diferencian de nosotros en la doctrina sino por los errores que motivaron su espulsion del seno de la Iglesia católica (1). Esto es tan cierto, que los autores protestantes tienen que recurrir á una suposicion quimérica para destruir, si fuera posible, el testimonio que la fé constante de las iglesias orientales da contra ellos, pues pretenden que los libros de aquellas iglesias han sido adulterados por los misioneros católicos que los trajeron á Europa, y que sus doctrinas se han alterado tambien por el trato y comercio que aquellos pueblos han tenido en estos últimos tiempos con los cristianos de la comunión romana. Semejante suposicion por parte de los protestantes es quizá una de las mas sólidas pruebas que los católicos puedan alegar, entre otras muchas, para probar que su doctrina respecto al número y autoridad de los libros canónicos, Sacramentos, Eucaristia, Sacrificio de la Misa, invocacion de los Santos, jerarquía etc., es puntualmente la misma de los primeros siglos. Los antiguos cristianos que habitaban la costa de Malabar eran la parte menos numerosa de la poblacion de la India; los demas habian abrazado el mahometismo, ó permanecian en las tinieblas de la idolatría. Desde que los portugueses se hicieron dueños de la ciudad de Goa, en la isla de este nombre, que formaba parte del reino de Dekan, los Papas erigieron en ella una sede arzobispal, á la cual estaba unido el título de primado de las Indias. En esta ciudad se ha conservado el cuerpo de San Francisco Javier, apóstol y protector del país, y desde ella los obreros evangélicos se difundian por los reinos limítrofes para trabajar en la conversion de los idólatras y mahometanos, y procurar la reunion de los antiguos cristianos de Malabar á

(1) Assemani, *Bibliotheca orientalis*.

la Iglesia católica. La diócesis de Goa contiene cerca de cuatrocientas mil almas; la de Cochino tiene mas que cincuenta mil; la de Santo-Thomé, en la costa de Coromandel, y en la que está situado Pondichery, contiene mas católicos que todo el resto de la India. El arzobispado de Cranganor, en la misma costa que Goa, se estiende mucho por el interior del país. Los misioneros se limitaron durante mucho tiempo á dirigir los cristianos que vivian en los establecimientos europeos y á predicar el Evangelio en las costas; pero luego los jesuitas, penetrando los primeros en el interior de aquella península, establecieron tres misiones, en Maduré, Mayssur y Carnaté, las cuales se hallaban muy florecientes á principios del siglo XVIII. En la península de Malaca estaba el obispado de este nombre; pero ya no era mas que titular desde que los holandeses se apoderaron del país.

La mision de Siam debió su origen á los franceses. Habiendo parecido útil á la propagacion de la fé el establecer algunos obispados en aquellas regiones, acudieron á Roma en 1650 varios eclesiásticos franceses para llevar á cabo este proyecto. Alejandro VII destinó tres vicarios apostólicos para Tong-King, Cochinchina y Nankin; pero habiéndoles diferentes circunstancias impedido llegar á su destino, y habiendo muerto el vicario apostólico de Nankin, los otros dos, que se hallaron reunidos en Siam, opinaron de acuerdo con los demás misioneros, que aquella ciudad podia convertirse en centro de sus misiones y punto de comunicacion con Europa; y con efecto, dispuso el Papa que residiese un obispo en Siam y cuidara de los países adyacentes. Bajo la proteccion del rey se erigió en aquella ciudad un templo, un seminario, un colegio y un hospital, y á pesar de las contradicciones con que tan fausto comienzo tuvo que luchar, continuó el seminario suministrando celosos misioneros, que desde allí se estendieron por todas las regiones de Oriente. Fuéronse progresivamente sucediendo en este país los vicarios apostólicos, apoyados con la proteccion de Luis XIV; que les confirió el título de encargados de negocios, por medio del cual pudieron librarse de grandes peligros, y de este modo pudo establecerse sólidamente la religion en aquel reino. La Cochinchina, de que acabamos de hablar, mi-

sion importante y numerosa, para la cual la Santa Sede nombró tambien vicarios apostólicos, debió asimismo á los misioneros franceses gran parte de su estado floreciente. A su vez, Tong-King, situado entre la Cochinchina y la China, y cuya mision se remonta á principios del siglo XVII, contaba en 1701 doscientos mil cristianos; pero estas misiones que se habian formado en la alternativa de paz y de persecuciones, sufrieron nuevos contratiempos en el siglo XVIII.

A principios de este periodo secular, la mision de la China era una de las mas considerables. No nos remontaremos hasta el siglo VIII, á mediados del cual se introdujo la Religion en aquel imperio, como lo prueba un monumento descubierto en 1625 en la provincia de Chemsí; monumento que consistia en una lápida de diez pies de largo y cinco de ancho, en la que se veian cruces y se leian los nombres de setenta predicadores que habian ido de la Judea para anunciar el Evangelio á los chinos, juntamente con un epitomé de la doctrina cristiana, escrito todo en caracteres siriacos. Dejando á un lado este monumento, para no partir sino de fines del siglo XVI es cierto que en la época de que nos ocupamos no habia ningun vestigio de cristianismo en la China. Los jesuitas fueron los primeros que llevaron á este país la antorcha de la fé, y aunque eran los únicos obreros que lo cultivaron durante cuarenta años, recogieron una ópima cosecha. Al cabo de este tiempo llegaron á la China nuevos misioneros, que pertenecian á las órdenes de Santo Domingo y San Francisco. Al principio vivieron en perfecta armonia con los antiguos, participando de sus trabajos y secundando su celo; mas no tardaron en mostrarse demasiado accesibles al espíritu de envidia y de controversia, y de émulos que eran, se convirtieron desgraciadamente en rivales, como si se hubiese tratado de un interés particular, y no del interés comun de la Religion que debe igualmente afectar á todos sus ministros. Los dominicos fueron repetidas veces espulsados de la China; los jesuitas, por el contrario, que eran fundadores de aquella hermosa cristiandad, se mantuvieron constantemente en ella. La superioridad de sus talentos justificaba sus progresos, y el favor que gozaban cerca del emperador multiplicaba las misio-

nes; pues, sin embargo de que se ocupaban en las ciencias que les facilitaban el acceso á la corte, no descuidaban en lo mas mínimo los intereses de la Religión; y hallándose esparcidos en las provincias, hacian oír la predicacion del Evangelio en países donde hasta entonces jamás habian resonado sus sagrados acentos. En esta época el seminario de Misiones extranjeras, que acababa de establecerse en Paris, principió á suministrar obreros para el Oriente. A fin de arreglar los trabajos de todos estos obreros evangélicos, el Pontífice dividió entre ellos las diversas provincias del imperio, asignando á los jesuitas, dominicos, franciscanos y sacerdotes del seminario de las Misiones extranjeras, el territorio que cada uno en particular debia cultivar. En 1698 y 1699, se nombraron obispos y vicarios apostólicos para cada una de las provincias en que se habia introducido el cristianismo, escepto en Pekin, capital del imperio, en donde estableció el Papa un obispado *in partibus*. Semejante arreglo prevenia todo conflicto de autoridad y favorecia la propagacion de la fé; así es que en esta época se crearon nuevas misiones, á pesar de la mala voluntad de los mandarines y de los portugueses, que temiendo que sus intereses políticos sufriesen algun menoscabo con la venida de tantos misioneros extranjeros á su nacion, trataban de oponerse á que penetraran en el país; estos celos nacionales llegaron hasta el extremo de dictar el rey de Portugal una orden para que se arrestara á todos los misioneros que llegasen á aquellas regiones en barcos que no fueran portugueses. Mas aun no era este el mayor obstáculo con que el cristianismo tropezaba. En el imperio chino, la invariabilidad de las leyes generales y de los usos que se refieren á las costumbres, es una de las máximas fundamentales. El poder del emperador queda enfrenado por este medio, y por absoluta que sea su autoridad nada puede hacer que no esté en consonancia con las leyes del país y usos consagrados por la antigüedad. Entre estos hay uno que data del origen mismo de la nacion, que se ha ido perpetuando al través de todas las revoluciones, y que todos los ciudadanos, de cualquier condicion que sean, consideran como un deber. Este uso consiste en los honores que se tributan á los

antepasados, fundándose en la veneracion casi religiosa que los chinos han tenido siempre para con los autores de sus dias. Lo que se practica particularmente en cada familia por el indicado motivo de piedad filial, lo verifican tambien los letrados, que son los hombres ilustrados de la nacion, en honor de Confucio, antiguo sábio, de quien se precian ser discípulos. Es necesario advertir que la religion de los letrados no es la misma que la del pueblo. Este es idólatra y supersticioso, y aquellos, por el contrario, no admiten mas que un solo Dios, á quien llaman Señor del cielo, y vienen á ser unos puros deístas, como lo fueron muchos filósofos de la Grecia, y en particular Sócrates y Platon. Ahora bien: entre los misioneros de la China, unos no veian en los honores tributados por los chinos á sus antepasados en cada familia, y á Confucio por la numerosa categoria de los letrados, mas que unas ceremonias meramente civiles, en que no habia nada de sagrado sino el motivo piadoso, pero inocente, que las motivaba; mas á los ojos de otros misioneros era, por el contrario, un culto religioso tributado á las almas de los muertos, y por consiguiente, una idolatría caracterizada, una supersticion incompatible con la santidad del cristianismo, que no debia permitirse á los chinos convertidos, de cualquiera categoria que fuesen. Aun exigian mas, pues no querian que los nuevos cristianos de esta nacion usasen de la palabra *King-Tieu*, cuyo significado decian no ser Señor del cielo, sino el cielo material, que, segun dichos misioneros, era la divinidad de los letrados y el único objeto de su culto; es decir, que los discípulos de Confucio y demas filósofos de la China, que segun los antiguos misioneros profesaban el puro deísmo, eran unos verdaderos materialistas en concepto de los nuevos. El favor que los jesuitas gozaban en la corte, y del que no se valian sino para emplearlo con mayores ventajas en la propagacion de la fé, habia acaso despertado en los que trabajaban con ellos, aunque no tan provechosamente, una pasion que se disfrazaba con la respetable apariencia de puro celo. En tanto que este modo de pensar, demasiado humano, les suscitaba adversarios en la China, no faltaba en Europa quienes, culpando á la Compañía entera por las opiniones de algunos individuos, es decir, por

las opiniones reproducidas, no creadas, por algunos jesuitas, les acusaban, á todos en general, de profesar una moral relajada y les imputaban haber adoptado un plan de doctrina, tanto mas temible, cuanto mas poderosos eran en lo exterior, y mas unidos se hallaban interiormente por la naturaleza y leyes particulares de su institucion todos los que componian aquella gran familia. Efectivamente, en medio de las tempestades que con pequeños intervalos iban estallando, particularmente en Francia, los jesuitas se sostenian por los protectores ó amigos que en todas las clases de la sociedad, desde las gradas del trono hasta la infima plebe, habian sabido adquirirse por su actividad, que jamás ha tenido igual, por sus conocimientos en las ciencias, cuyas vastas ramificaciones seguan en todas sus partes, por el espíritu de cuerpo que les animaba, y por la constitucion interior de su orden, obra maestra de política, que sus mayores enemigos han admirado, aun cuando se hayan valido de las leyes y resortes de su organizacion doméstica para inventar pretextos de combatirlos y hacerlos odiosos. Tal era la disposicion de los ánimos en Europa cuando llegó la noticia de lo que sucedia en la China con motivo de las costumbres nacionales, condenadas por unos, toleradas y hasta justificadas por otros. La disputa promovida en el fondo del Asia vino á parar á Roma, en donde las opiniones no estaban mas acordes que en la China, y á Francia, donde por ser mayores las prevenciones y hallarse mas enconados los ánimos se debatió mas ruidosamente. Por un lado los jesuitas, por otro los dominicos, los franciscanos, los misioneros seculares, que eran tambien de la opinion de estos, alegaban las razones que tenian, los primeros para tolerar, y los segundos para proscribir los homenajes tributados por los chinos á sus antepasados, y por los letrados á Confucio. En vista de lo espuesto por los dominicos y sus partidarios, la congregacion de la Propaganda espidió en 1645, con el beneplácito de Inocencio X, un decreto provisional prohibiendo las ceremonias chinas hasta que la Santa Sede se dignase resolver; pero oidas las razones alegadas por los jesuitas, el tribunal de la Inquisicion romana dió en 1656 otro decreto en que se permitia á los chinos y á los literatos convertidos honrar, al estilo de su país, es-

tos á su maestro Confucio, y aquellos á sus parientes difuntos declarando que con estos honores no intentaban tributarles un culto religioso. Este segundo decreto fué aprobado por Alejandro VII, reservándose siempre la Santa Sede pronunciar el fallo sobre el fondo de la disputa para cuando las razones presentadas por una y otra parte le pareciesen suficientemente discutidas. Otro tercer decreto espedido en 1669, en el pontificado de Clemente IX, confirmó los dos anteriores en sus disposiciones respectivas; es decir, prohibiendo las ceremonias chinas á los que las creian idolátricas, y permitiéndolas con la cláusula espresada en el segundo decreto respecto de los que las consideraban como actos de veneracion puramente civiles. A pesar de esto y merced á los jesuitas, el cristianismo, á cuyos progresos debia de perjudicar esta deplorable controversia, continuaba estendiéndose en el país en que se promovió la disputa; pues los jesuitas supieron manejar con tan prudente tino el afecto que el emperador Cam-Hi les dispensaba, que en 1692 alcanzaron un decreto por el que dicho príncipe, amigo de las artes, permitia á los misioneros predicar la fé cristiana en sus Estados, y á todos sus vasallos el poderla abrazar. El celo de los obreros evangélicos, libre ya del yugo que los habia reducido á tan estrechos limites, se desplegó con energia, y el cristianismo, no teniendo ya como en otro tiempo necesidad de ocultarse, se manifestó á las claras hasta en el mismo palacio imperial, hasta en la familia del emperador y en todas las corporaciones científicas. Empero semejante estado de prosperidad, que duró todo el reinado de Cam-Hi, muerto en 1724, y que era debido á la buena conducta y talentos de los jesuitas, hombres de un mérito extraordinario, se vió comprometido por la disputa suscitada entre ellos y sus rivales. Los clérigos de las Misiones extranjeras, discordes en este asunto, en el cual desplegaron una estremada actividad, gozaban, así en Roma como en Francia, de una reputacion de sabiduría y capacidad que daba gran peso á su opinion. Inocencio XI é Inocencio XII, les mandaron informar acerca del asunto sobre el mismo terreno de los hechos, á fin de que la Santa Sede pudiera instruirse del verdadero estado de las cosas; y uno de ellos llamado Maigrot, doctor